

*Debate correspondiente a la segunda sesión **

Moderador (Ramón Villares): Existen varias palabras pendientes del primer debate y otras que han sido pedidas ahora. Vamos a abrir un primer turno siguiendo el orden en que fueron solieitadas.

Borja de Riquer (Universidad Autónoma de Barcelona): Quiero eomenzar señalando que este eneuentro me está sorprendiendo muy gratamente tanto por los textos presentados como por los debates. Creo que éste es el camino que debíamos haber abordado hace tiempo. Sólo el debate científico puede homologamos con otras historiografías europeas.

Quienes me han precedido en el uso de la palabra han aludido a dos euestiones muy importantes, que deberían ser objeto de sendos debates monográficos. Por un lado está la didáctica de la historia (qué tipo de enseñanza, cómo estructurarla en los diversos niveles, cuáles deben ser los criterios pedagógicos...); por otro, la existencia de algunos vacíos historiográficos muy notables. En este sentido se echa de menos tanto una reflexión sobre la historia de la historiografía española de los dos últimos siglos como una historia del nacionalismo español.

En relación con este último tema, Carlos Forcadell nos ha dicho que apenas se percibe la presencia militante del nacionalismo español. Yo soy bastante más escéptico. A fin de cuentas, lo que nos ha reunido ha sido precisamente una cuestión provocada -implícita o explícitamente- por una de las manifestaciones del nacionalismo español.

* La transcripción de las cintas magnetofónicas ha sido realizada por José María Ortiz de Orruño. En esta segunda sesión la mesa estaba formada por Ramón ViJlares, como moderador, y Justo Beramendi, Carlos Forcadell y José María Ortiz de Orruño.

Pero esto no es una excepción. En 1982 tuvo lugar en Girona un coloquio en torno a la pregunta *¿qué es España?*, donde se presentaron algunas ponencias verdaderamente delirantes. Más recientemente, Jiménez Losantos, uno de los corifeos mediáticos de la Ministra, ha publicado un artículo en *El Mundo* diciendo muy daramente que hay que recuperar el terreno perdido. No es una alusión casual. Hay una serie de intelectuales, políticos e, incluso, algún historiador que consideran que el nacionalismo español ha perdido terreno desde la aprobación de la Constitución, y que es necesario reaccionar. Esta actitud tiene una determinada lectura política en la medida en que pretende cuestionar el marco constitucional; pero también tiene un determinado sesgo ideológico-científico, por cuanto cuestiona los manuales escolares y el tipo de historia que se está impartiendo.

Por todo ello creo que la visión de Carlos Forcadell resulta demasiado optimista. Si bien es cierto que a nivel académico el debate científico se ha impuesto a los elementos más explícitos del nacionalismo español, no ocurre lo mismo en el terreno de la divulgación. Ni mucho menos. Lamento que no esté en el coloquio Fernando Garda de Cortázar, uno de los cultivadores de esa visión nacionalista con mayor éxito divulgativo. Es sabido que este autor sitúa entre los mayores costes de la transición la devaluación del concepto España. Otro ejemplo es el prólogo escrito por Guillermo Gortázar para un libro que, en realidad, es una recopilación de artículos con clara vocación científica firmados por varios autores. Entre otras cosas allí se dice que en España hay Estado porque hay nación, lo cual me parece un juego de palabras bastante perverso. Quisiera recordar también el *revival* sobre Cánovas en forma de artículos, exposiciones, conferencias y programas de televisión al que asistimos el año pasado con ocasión del centenario de su muerte. Estos ejemplos muestran que las manifestaciones del nacionalismo español no han desaparecido del panorama historiográfico. Ciertamente que apenas son percibidas en el nivel más académico y riguroso, y el tono de este debate lo confirma. Pero todavía están muy presentes en los niveles más divulgativos. La imagen de una nación única y exduyente es constantemente divulgada por algunos medios y resulta coactiva para quien no la comparte, porque le impone un conjunto de valores con los que no se identifica. Por eso creo que debemos hacer un esfuerzo para llegar también a esos niveles de divulgación con el fin de desactivar la enorme carga emocional de estos planteamientos.

Ernesto Villapún (Instituto Ramiro de Maeztu, Vitoria): Desde mi propia experiencia como profesor de enseñanza media comparto las preocupaciones enumeradas por Pedro Ruiz. Creo que es muy acertado su diagnóstico sobre los verdaderos problemas de la enseñanza. No hace mucho el *ABE* se escandalizaba en su portada porque los estudiantes españoles -*afirmaba*- nunca hayan oído hablar de Julio César o de Felipe II; a mí lo que verdaderamente me escandaliza es la persistencia de esa concepción personalista y pasiva de la enseñanza que parece añorar ese diario. La cuestión no es «haber oído hablar de», sino lo que le queda al alumno cuando se borra la memoria más inmediata. Lo verdaderamente importante es formar al alumno para que aprenda a aprender. Ésa es la clave. Por otro lado, también creo en la utilización pedagógica de la historia para aceptar la pluralidad, racionalizar los sentimientos y facilitar la convivencia.

Otra cosa: estamos constantemente hablando de la Enseñanza Superior Obligatoria. Sin embargo, nada se ha dicho sobre los nuevos Bachilleratos y su puesta en marcha afecta también -*aunque sea indirectamente*- a la Universidad. El curso que viene se pone en marcha el nuevo Bachillerato. Una de las asignaturas denominadas de modalidad, y, por tanto, obligatoria para casi todos los alumnos de la rama de humanidades, es la Historia del Mundo Contemporáneo (centrada básicamente en el siglo XX). Pero hay otra asignatura aún más trascendental en el segundo curso de Bachiller. Se denominada Historia a secas y su programa cubre la historia contemporánea de España y de las Comunidades Autónomas. De estas dos asignaturas se van a tener que examinar los alumnos en selectividad, y aquí es donde entra la Universidad. Teniendo en cuenta que las pruebas de selectividad no las prepara el Ministerio, pues son competencia de cada Universidad, a los profesores de medias nos gustaría saber cuanto antes cuáles van a ser los criterios y los niveles de exigencia que deben superar nuestros alumnos. En otras palabras: me parece una tarea urgente establecer entre todos los conocimientos mínimos de historia exigibles a un alumno que desee acceder a la Universidad (con independencia de que se matricule en una Facultad de Letras o de Ciencias).

Ésa es una cuestión fundamental para nosotros. No se puede hacer una buena planificación docente sin conocer de antemano cuáles son los objetivos que hay que conseguir. En la sesión anterior alguien se quejaba de que los alumnos llegan a la Universidad sin saber quién era Quintana o Martínez de la Rosa. No me parece que la falta de

conocimientos puntuales sea una tragedia absolutamente irreparable. A mi juicio, sería mucho más grave que llegaran a la Universidad sin haber comprendido algunos conceptos básicos y sin saber realizar un comentario de texto o interpretar unos gráficos.

Quisiera también decir alguna cosa sobre los manuales. Un manual es un libro de consulta para uso de los alumnos a los que va dirigido y, para ser verdaderamente útil, no debe perder esta perspectiva. Sin embargo, tengo la impresión de que esta recomendación no siempre es tenida en cuenta por los profesores universitarios que escriben libros de texto para estudiantes de secundaria. De poco sirve un manual si para poder entenderlo hay que recurrir constantemente a un diccionario de términos especializados.

Luis Castells (Universidad del País Vasco): Estoy con Borja de Riquer cuando apunta a la existencia de dos niveles, más académico uno y más divulgativo otro. Ciertamente los historiadores profesionales nos sentimos más cómodos en el primero, aunque efectivamente no debemos descuidar el segundo. Pero nuestra presencia como colectivo en los medios de comunicación es todavía irrelevante.

En la Comunidad Autónoma vasca la presencia de la Universidad es irrelevante también en otros ámbitos. Como por ejemplo en la elaboración del programa de historia que se va a impartir en los nuevos Bachilleres. Efectivamente, tal como ya ha expresado Manuel Montero, el programa se hace eco de una historia contemporánea general de España y, paralelamente, de Euskal Herria. Tanto la elección de los temas como su ordenación resulta, cuando menos, discutible. Para empezar, el programa tiene un sesgo ideológico inquietante y maneja conceptos sobre los que no existe un consenso social suficiente; además contiene algunos errores técnicos notables y anacronismos que rozan el disparate. Sirva como ejemplo la alusión al «sufragismo y feminismo» vasco mencionada en el bloque titulado «Construcción del Estado liberal e intentos democratizadores», que cronológicamente abarca las décadas centrales del siglo pasado. Eso no pasa de ser una anécdota. Más grave e irritante resulta la exclusión de los departamentos universitarios de historia en la elaboración de esos programas.

Juana Anadón (Universidad Complutense): Estoy de acuerdo con Ernesto Villapún. Creo que estamos muy obsesionados con los contenidos, con la cantidad de información que saben o dejan de saber los alumnos. En la sesión anterior existía una queja bastante generalizada

de que los alumnos llegan hoy a la Universidad sin saber nada. Pero esto no es una novedad. Cuando yo llegué a la Universidad los profesores también nos decían que no sabíamos nada. Quizás haya que analizar la cuestión desde otro punto de vista.

Hasta ahora se ha insistido en qué historia enseñar; sería bueno plantearse también qué enseñar de la historia en los distintos niveles del sistema educativo. Porque tanto en la enseñanza primaria como en la secundaria hay que dar información, transmitir valores y, sobre todo, lo que en didáctica se llama procedimientos. De ahí la enorme responsabilidad de los centros donde se forman los futuros docentes y la necesidad de coordinar la Universidad y los demás niveles educativos que, por desgracia, no siempre ha funcionado. Creo que debemos prestar más atención a la enseñanza de la historia en los niveles no universitarios por diversas razones. Pero fundamentalmente porque es la única manera realista de acabar con esa cantinela de que los alumnos llegan a la Universidad sin saber nada.

Manuel Pérez Ledesma (Universidad Autónoma de Madrid): Suponer que los historiadores profesionales somos impermeables a las influencias del nacionalismo es un buen deseo que, sin embargo, la realidad desmiente. La prueba la tenemos en el programa presentado por el Ministerio, que ha sido hecho por historiadores, por colegas nuestros. Ese programa no sólo es nacionalista por incluir la palabra «unitario», sino también por otros motivos más evidentes. La historia tiene un componente universal que aquí ha desaparecido. En este sentido hemos retrocedido por lo menos a mi época de estudiante. Entonces los manuales todavía dedicaban algún capítulo al Imperio chino o al Japón. En el programa del Ministerio, que cubre el 55 por 100 de las horas lectivas, la historia de España ocupa casi una tercera de los contenidos. Cabe suponer que en el 45 por 100 restante las Comunidades Autónomas no van a incluir muchos temas dedicados precisamente a la historia de África o de Asia. Un programa que prescinde de continentes enteros es la manifestación más contundente de una concepción histórica decididamente nacionalista.

Esta concepción responde a una imagen de la función del historiador muy conservadora. No es casual que la Ministra cite a Julio César o a Felipe II, y no a Voltaire o Jovellanos, como personalidades históricas relevantes que deben ser conocidas por los estudiantes. Desde una opción ideológica no necesariamente conservadora, se ha defendido el proyecto gubernamental aduciendo que el historiador debe difundir los

valores de la honestidad cívica y las virtudes republicanas. Como ocurre, por ejemplo, en Francia. Pero cuando los historiadores galos dicen que construir la identidad nacional equivale a construir una comunidad definida por virtudes cívicas o republicanas están pensando en la Revolución Francesa y en la revolución de 1848. Ahora bien, aquí carecemos de referencias semejantes y aquellas experiencias históricas que más pudieran asemejarse, como las Cortes de Cádiz o el sexenio democrático, no aparecen en el programa o se les presta escasa atención. En cambio, hay mucho Felipe II y mucho imperio, que no parece que tengan que ver demasiado con las virtudes republicanas.

Por otro lado, me parece muy discutible asignar al historiador la función de crear identidades y difundir virtudes cívicas. ¿No sería mejor pensar que su misión consiste en criticar y explicar que las entidades nacionales, políticas y sociales son invenciones que nacen, tienen su momento de gloria y desaparecen? Ahora mismo está en marcha la Unión Europea que afectará a Euskadi, a Cataluña, a España y a todos los socios comunitarios de una forma que no es posible predecir, pero que puede acabar creando nuevas realidades. La función social del historiador no puede ser forjar identidades, sino introducir dosis de sano escepticismo que, al prevenirnos contra cualquier tentación sacralizadora, nos permita un análisis crítico y desapasionado del pasado. Eso es lo que creo que quería decir en su artículo tantas veces citado Álvarez Junco.

La pregunta clave es si puede haber convivencia sin exaltación histórica, si la lealtad constitucional puede existir sin nutrirse del discurso histórico. Según ha contado él mismo, Hobsbawm se hizo historiador para huir de las turbulencias de los años treinta. Pero con el paso del tiempo se dio cuenta que la historia era antes una trinchera que un refugio, que la historia no provocaba muertes, pero daba los argumentos a quienes mataban. ¿Podríamos pensar -sin ponernos demasiado trágicos- en una historia desarmada que no proporcione argumentos que puedan ser utilizados como munición ideológica? Porque desgraciadamente muchas veces la construcción de la identidad nacional equivale también a la destrucción del otro.

Ioan Culla (Universidad Autónoma de Barcelona): Discrepo cordialmente de Carlos Forcadell, cuyo discurso me ha parecido excesivamente panglossiano. De sus palabras cabría deducir que vivimos en el mejor de los mundos. La realidad se compadece mal con su afirmación de que el nacionalismo español ha perdido virulencia, ()

que los historiadores más académicos ya no son nacionalistas. Creo recordar que, además del Día de la Constitución, el 12 de octubre se celebra una fiesta nacional de España, con el consiguiente despliegue de parafernalia patriótica.

Pasando de lo anecdótico al terreno de la política, resulta innegable la existencia de un vector nacionalista español cultivado además de forma muy consciente por algunos medios de comunicación. Recuérdese, por ejemplo, aquel eslogan electoral de «España, lo único importante». Es cierto que desde comienzos de la transición ha llovido mucho y que han cambiado muchas cosas. Pero probablemente en el terreno de lo emocional las continuidades entre AP y el PP han sido mayores que en otros ámbitos. Por otro lado, todo el mundo sabe que el diario *ABC* es un fenómeno sociológico que trasciende lo meramente comunicacional. Si el análisis de las Cartas al Director traza los perfiles del nacionalismo conservador español, la tirada del diario indica la extensión social de este fenómeno.

Finalmente, tampoco comparto esa separación tan estricta señalada por Carlos Forcadell entre el historiador académico, supuestamente inmune al virus nacionalista, y el historiador mediático, como si este último fuera un facedor de relatos de serie B adaptados a las necesidades del consumo de masas. Soy muy escéptico cuando oigo hablar de los bajos usos mediáticos de la historia. Es más, no creo que existan la historia académica y la historia mediática como dos compartimentos estancos. Cada vez son más los colegas ilustres que se asoman a los medios de comunicación y se implican en tareas de divulgación escribiendo artículos de opinión, colaborando en obras de amplias tiradas, asesorando exposiciones y documentales de televisión o participando en las publicaciones institucionales conmemorativas de los más diversos aniversarios.

Carlos Forcadell (Universidad de Zaragoza): Comenzaré por el final. Claro que en la realidad van juntas la historia mediática y la académica. Pero a efectos de este debate se pueden y se deben separar. Cuando en el conjunto de identidades que concurren en un historiador predomina la estrictamente profesional, su producción historiográfica tiene un rigor y unas pretensiones científicas ajenas a cualquier intelferencia emocional. En este sentido, sostengo que en el plano estrictamente profesional los historiadores académicos son cada vez menos nacionalistas. Tiene razón Manuel Pérez Ledesma cuando asegura que el historiador no debe dedicarse a la creación de identidades. En la Europa posterior

a la II Guerra Mundial la historia ha dejado de ser un elemento de persuasión nacional. Creo que aquí y ahora también. Se han mencionado, *a sensu contrario*, los nombres de Jiménez Losantos y García de Cortázar. Sin embargo, su influencia mediática no se corresponde con su influencia académica, pues ambos han estado completamente al margen de los grandes debates historiográficos surgidos en los últimos veinte años. Desde esta perspectiva, me parece legítimo separar el plano académico del mediático.

Reconozco que existe una demanda de nacionalismo español (o catalán, o vasco), y que hay historiadores dispuestos a obtener de manera legítima los favores del público. Hemos podido comprobarlo con ocasión del centenario de la muerte de Cánovas y con el *revival* del 98. Pero convendría señalar a renglón seguido que ni toda la producción historiográfica ligada a estas conmemoraciones es nacionalista -como por ejemplo el magnífico libro colectivo en el que intervienen autores de diversas nacionalidades titulado *Más se perdió en Cuba-*, ni desde luego es la más representativa de la historiografía española. Veremos si cuando se haga un balance de la producción historiográfica española de finales del siglo XX ese tipo de literatura histórica será el más valorado. Estoy seguro que no, porque no es ni de lejos el más representativo de nuestro trabajo profesional.

Justo Beramendi (Universidad de Santiago): Hay efectivamente un numeroso grupo de autores que no trasladan a la escritura de la historia sus prejuicios nacionalistas o antinacionalistas. En esto estoy de acuerdo con Carlos Forcadell. Pero discrepo que solamente ellos puedan ser distinguidos con el calificativo de académicos o profesionales. ¿Quién reparte certificados de profesionalidad a los historiadores? ¿Vamos a negar la calidad de Balcells o de Ortzi (Francisco Letamendía) porque lo que dicen nos guste más o menos? ¿Quién va a poner en duda a Andrés de Blas, que él mismo se declara nacionalista español democrático?

Con el fin de facilitar un debate razonable sería bueno dejar las cosas claras. Quien asume su pertenencia por razones lingüísticas, por patriotismo constitucional o por cualquier otro motivo a la nación española, que lo diga claramente, sin tapujos, porque sigue habiendo mucho nacionalista inconfeso. Sólo a partir de esa premisa se puede establecer un diálogo honesto e intentar llegar a un compromiso. Mientras tal cosa no se haga, nos vamos a ver enquistados en la guerra de las identidades. Claro que reconocerse nacionalista español implica también

reconocer la legitimidad de los otros y establecer el diálogo en un plano de igualdad.

Carlos Forcadell (Universidad de Zaragoza): Por alusiones. Ni me reconozco nacionalista inconfeso, ni nada que se le parezca. Además, me parece falsa cualquier dicotomía que plantee hacer historia nacional gallega (vasca, catalana, etc.) o historia nacional española. En las personas predominan cierto tipo de identidades, y en muchos casos las identidades prioritarias no coinciden con las nacionales o las territoriales. En sociedades complejas creo que cada vez somos más los que tenemos otro tipo de referencias culturales y simbólicas.

José María Ortiz de Orruño (Universidad del País Vasco): La historia es uno de los instrumentos más eficaces de cara a la afirmación nacional. No me refiero tanto a la historia en su versión más académica, científica y desapasionada, sino a la más ideologizada, a la que consciente o inconscientemente propone una lectura políticamente interesada del pasado. De ahí la carga historicista de casi todos los nacionalismos y, en especial, de los peninsulares. Ese fenómeno se percibe con más claridad en aquellas Comunidades Autónomas, como la vasca, donde la existencia de partidos nacionalistas o regionalistas alienta modelos alternativos de afirmación nacional. En estos casos concretos institucionalizar a través de la escuela una historia en clave nacional –en cualquiera de sus versiones– puede resultar conflictivo; imponer por decreto unos mitos fundacionales –los que sean– puede resquebrajar la cohesión social. Si la enseñanza de la historia puede desestabilizar la convivencia cotidiana, habrá que desactivar su potencial perturbador. Quizás haya que plantearse la posibilidad de desnacionalizar la historia. No sé si es posible, ni tampoco se me ocurre cómo hacerlo. Pero sospecho que debemos empezar previniendo a los alumnos contra cualquier forma de interpretación única y sacralizada del pasado, y prepararlos –en la línea apuntada por Álvarez Junco– para adaptarse a los cambios de un futuro incierto que, desde luego, será multicultural y mestizo. Es una propuesta que no debería echarse en saco roto.

Voy a poner un ejemplo concreto. Seguramente no es casualidad que los partidos europeos de extrema derecha alienten la xenofobia al mismo tiempo que propugnan una revisión de su respectiva historia nacional en clave chovinista. Estas versiones circulan a pesar de la rotunda desautorización de la historiografía académica y del compromiso democrático de los medios de comunicación más influyentes para no

hacerse cómplices en su difusión. En Francia, el entorno de Le Pen reclama la recuperación de los supuestos valores de una Francia eterna que están en las antípodas del civismo republicano y solidario antes mencionado por Pérez Ledesma. Aquí, de momento, los riesgos son otros. Pero no estaría de más cultivar un sano escepticismo que nos permitiera relativizar y tomar distancias con respecto a una interpretación demasiado etnicista de la historia.

10aquim Nadal (Universidad de Girona): Me gustaría terciar brevemente en la polémica que mantienen Beramendi y Forcadell. Aunque políticamente paso por ser catalanista, rechazo la historiografía catalana que parte de un apriorismo nacionalista para construir una historia nacional catalana. Además, creo que su calidad es más bien escasa desde un punto de vista estrictamente académico. No puede ser de otra manera porque en su deseo de construirse a base de negar España y de ocultar cualquier realidad española, desde el mercado nacional a la creación del Estado liberal, acaba resultando ininteligible.

Vayamos a otro tema. El anteproyecto de la Ministra ha provocado cierto desconcierto entre los historiadores. Por sus contenidos y orientaciones, da la impresión que pretende recuperar una visión de la historia de España más propia de otros tiempos. El revuelo provocado por este texto me recuerda al que en su día provocó la LOAPA, pues también ha alimentado el victimismo de los nacionalismos esencialistas. Cada Comunidad Autónoma que se pretende nacional (lo sea o no) ha construido un discurso interpretativo desde realidades nacionales (reales o inventadas). Aragón ha ido incluso más lejos al elevar su categoría nacional a rango estatutario por mera votación. Estamos, por tanto, frente a un problema político más que ante un debate historiográfico. Cualquier conclusión de cualquier comisión -que además no sabemos cómo se nombran- va a ser un auténtico pastiche. Nos han metido a los historiadores en un lío innecesario. Creo que lo mejor es desandar cuanto antes lo andado y desactivar una polémica de efectos devastadores que se retroalimenta y va ganando en intensidad. Conviene parar esta lógica perversa del "si tú te afirmas yo me afirmo y, para hacerlo de forma más contundente, además te niego". Este contexto facilita además el intrusismo y la presencia mercenaria de algunos historiadores que ponen sus talentos al servicio de determinados proyectos políticos.

¿A quién le duele España (o Catalunya, o Euskadi)? Básicamente a los políticos, que además han convertido la historia en un arma arrojada. Es necesario recordarles que no se debe utilizar la historia con

fines partidistas, y mucho menos intentar manipularla tan torpemente. Es la única forma de evitar el desastre. La Ministra ha tenido la rara habilidad de remover los viejos fantasmas, de renovar viejas desconfianzas. Tal como afirma Forcadell, desde la Transición la historia nacionalista en clave española no sólo ha perdido virulencia, sino también respetabilidad intelectual e influencia social; un reflujo semejante ha experimentado en Catalunya la historiografía de visiones apriorísticas, que también existe, si bien reducida a un fenómeno poco relevante dentro del conjunto catalán. Me refiero entre otros a los autores implícitos o explícitos del panfleto contra Borja de Riquer y Ucelay da Cal, algunos de los cuales han evolucionado hacia posiciones menos beligerantes.

Aunque siempre cabe la posibilidad de que alguna Comunidad Autónoma trate de reproducir a cualquier precio esquemas de afirmación nacional en sus *curricula* escolares, el localismo bien entendido puede ser un antídoto contra la tentación nacionalista. Me refiero a la construcción de un discurso histórico capaz de explicar la evolución de las relaciones sociales y humanas desde lo más local a lo más universal, procurando esquivar las distintas trampas ideológicas que hemos ido levantado entre todos. Un buen ejemplo puede ser el esfuerzo que hemos hecho para reinterpretar en clave progresista la historia de la ciudad de Girona, hasta hace poco muy apegada a la mítica de ciudad sitiada y resistencia!. Era una lectura interesada al servicio de las clases dominantes que olvidaba otros aspectos igualmente reales de la historia de la propia ciudad.

En resumen, creo que se ha desenfocado la cuestión. En la actualidad existe una Universidad en cada capital de provincia con su correspondiente Facultad de Humanidades, cuando hace cincuenta años no había más que un único instituto de enseñanza media. No creo que el analfabetismo de nuevo cuño vaya a ser más rotundo en nuestra especialidad que en las áreas de ciencias o tecnología. Sería deseable que la Ministra se dedicara a otros menesteres más urgentes y dejara las cosas como están.

Antonio Morales (Universidad de Salamanca): No tengo inconveniente en afirmarme como nacionalista español, bien entendido como pudieron serlo los diputados gaditanos o se define Andrés de Blas. Creo que se puede ser nacionalista español sin mala conciencia y sin haber tenido ninguna vinculación con el franquismo. Hay un nacionalismo español con unas raíces extraordinariamente honrosas, que va desde las Cortes de Cádiz a la Constitución de 1978, pasando por

otros textos constitucionales tan abiertos y democráticos como los de 1869 y 1931. Por otro lado, no creo que los nacionalismos peninsulares tengan que ser forzosamente excluyentes. Es más, creo que el nacionalismo español y el catalán (o el vasco) pueden ser perfectamente compatibles porque, si bien las mitologías nacionales apelan al sentimiento, los compromisos políticos deben ser obra de la razón.

Una de las virtudes de los coloquios es que se pueden ir perfilando y rectificando planteamientos. Ahora mismo soy más crítico con respecto al proyecto debatido que al comienzo. Sin embargo, tengo la impresión que el Ministerio estaba abierto a la introducción de posibles reformas. Desgraciadamente no se ha seguido el camino de la negociación política. Se ha optado por la descalificación del proyecto en bloque, reclamando su retirada. Después de haber oído las diversas intervenciones me parece, como digo, que las críticas están más justificadas. No obstante, sigo pensando que se podrían haber recogido e integrado en el proyecto original, mejorándolo y reforzándolo. No ha sido así. Lo peor de todo no es que hayamos desaprovechado una buena ocasión, sino que corremos el riesgo de meternos en un callejón sin salida.

En segundo lugar, quiero contestar por alusiones. En mi ponencia lamento el escaso nivel de conocimientos históricos que tienen los alumnos cuando llegan a la Universidad. No es que no sepan quién fue Quintana, Castelar o Maragall, fundamentos de una cultura común; es que desconocen también el significado de conceptos básicos como parlamentarismo o régimen señorial. Además, manejan un lenguaje vana y absolutamente desformalizado que luego dificulta su progreso intelectual. Estoy de acuerdo con Juana Anadón en que hay que prestar atención a los valores y a los procedimientos en la enseñanza de la historia. Pero las encuestas muestran una subida alarmante del racismo entre los jóvenes....

¿Qué decir de los procedimientos? La legislación vigente ha excluido la historia de la enseñanza primaria siguiendo la pintoresca recomendación de psicólogos y pedagogos que, en su particular concepción estructural de la narración histórica, sostienen que un niño no puede comprender estructuras complejas hasta la edad de once años. Pero cuando pasan de la enseñanza primaria a la secundaria se pretende que comprendan —y cito textualmente— «los fenómenos y procesos que tienen lugar en el territorio como consecuencia de la compleja interacción entre los agentes humanos y la naturaleza»; (que) analicen «su localización y distribución»; (que) «entiendan las diferencias y

contrastes entre sociedades y grupos en función de factores naturales y humanos, en particular económicos»; (que) tomen «conciencia de la fragilidad de los equilibrios ecológicos» o que puedan «aprender de manera práctica cómo trabajan los geógrafos, historiadores y científicos sociales, cómo fundamentan sus hallazgos y qué problemas y obstáculos han de afrontar». ¡Ojalá yo pudiera saber todo esto! De no poder enseñarles historia hasta los once años, se pasa a pretender que aprendan todo eso en secundaria. Me parece, como digo en la ponencia, de una total falta de realismo. Dudo que la legislación actual acierte también en la cuestión de los procedimientos. Por todo ello me parece pertinente la decisión de la Ministra de abordar la reforma de las humanidades.

Otra cuestión. Admiro a Álvarez Junco muchísimo por su talento y por su capacidad de provocación, tan estimable en el mundo intelectual. Pero la disolución que propone de la historia nacional en una historia de la humanidad me parece tan difícil como discutible. El pensamiento de un filósofo posmoderno como Baudrillard (cfr. *La fin de la ilusión*, París, 1992) se entiende mejor a través de la lectura de Álvarez Junco, que afirma «la imposibilidad práctica de conocer la historia», «que el conocimiento del pasado es un ejercicio ingrato, casi imposible, porque el pasado se hunde en simas cada vez más oscuras». Es como si al final la historia iría a fundirse con la naturaleza. En resumidas cuentas, propone destruir una serie de construcciones discutibles, por supuesto, para hacer una irreal historia de la humanidad. No sé cómo es posible dar ese salto. Me parece absolutamente estimable el cosmopolitismo ilustrado que propone Álvarez Junco, pero dudo mucho que pueda acelerarse arbitrariamente.

En general, estoy de acuerdo con Carlos Forcadell. Desde 1982 hemos asistido a un retroceso de las posiciones nacionalistas entre los historiadores profesionales. Aunque siempre es difícil determinar quién es profesional y quién no, la comunidad científica tiene una cierta conciencia de sí misma. Luego están los medios de comunicación o las Cartas al Director de *ABE*, mencionadas por Culla. Ahí el nivel es, efectivamente, otro, aunque no sé hasta dónde resulta representativo.

La legislación vigente muestra con absoluta rotundidad una preocupación muy razonable por el respeto a la pluralidad y a la diferencia. En cambio, se plantea con mucha menos claridad qué es lo que nos une. Esta perspectiva desde la diferenciación resulta explicable en función de una situación política anterior. Pero se hace a costa de lo

que tenemos en común, que es muchísimo. Cuando se analizan los temarios y los libros de texto de Castilla y León se comprueba un desinterés por el papel de Castilla en la construcción de España: no hay nada parecido a la reivindicación de un papel imperial. En cambio, la preocupación localista, que va desde las especialidades gastronómicas a las fiestas patronales, pasando por los monumentos autóctonos, resulta verdaderamente enfermiza. A mi juicio, el modelo actual propicia una cierta desvertebración del país por cuanto difumina la identidad española, necesaria para que sigamos agrupados.

Pedro Ruiz Torres (Universidad de Valencia): Beramendi y Forcadell han abordado el papel fundamental de la historia en la construcción de las identidades nacionales a lo largo del siglo XIX. Ambos subrayan también la *desnacionalización* de los historiadores profesionales, el creciente desinterés de la historiografía europea más académica por este debate después de 1945. Ahora bien, eso no implica que algo tan arraigado como las conciencias nacionales vayan a desaparecer tan fácilmente, como sugiere Forcadell. Es más, desde comienzos de los años ochenta está recuperando terreno de una manera preocupante el nacionalismo español más decididamente esencialista. Se han dado ya varios ejemplos. Pero se pueden poner más. Como el reciente libro publicado por la Real Academia de la Historia sobre *El ser de España*, que contiene excelentes aportaciones y otras de la más rancia concepción nacionalista; o las encendidas declaraciones en favor de un nacionalismo español ajeno por completo tanto a la idea del patriotismo constitucional o a la visión de «España como nación de naciones» que pudimos escuchar en el curso organizado por Antonio Morales el pasado verano en Santander, que por lo demás resultó tan plural como sugerente.

Segunda cuestión. Comparto la explicación de Beramendi en el sentido de que las identidades nacionales son construcciones mentales. Desconozco en qué sentido emplea el término mononacional. Pero quiero llamar la atención sobre una trampa lingüística, que a menudo dificulta la comprensión de este fenómeno. La invención de la nación es un proceso intelectual que se remonta a la revolución liberal, pero que no surge de la nada. Antes de la aparición del nacionalismo como ideología coherente y explicitada había un sustrato espacial y socio-cultural que, a falta de una expresión más adecuada, solemos denominar nación. Pero conviene ser cuidadoso porque, aunque el término nación es muy antiguo, su significado nada tiene que ver con el actual. De manera que si se olvida esta circunstancia se corre el riesgo de invertir

la secuencia: la nación no sería entonces un invento del nacionalismo, sino que, muy al contrario, la existencia previa de la nación favorecería la aparición de una ideología nacionalista.

Tercera cuestión. De la misma forma que hay diferentes formas de entender el nacionalismo, hay diferentes historiografías nacionalistas. Esto vale tanto para el nacionalismo español como para los nacionalismos periféricos. Existe una historiografía nacionalista rigurosa, y otra absolutamente tendenciosa e infumable. Por eso, cuando un historiador se afirma nacionalista se limita a reconocer un hecho que no tiene por qué resultar determinante en la calidad de su producción historiográfica. Creo que es necesario subrayar esto porque, a pesar de las declaraciones voluntaristas en sentido contrario, es difícil dejar de ser nacionalista. Lo apuntaba muy lúcidamente Joan Fuster, el teórico del nacionalismo catalanista en Valencia: «si no hubiera nacionalismos, yo no sería nacionalista; pero resulta que los que no se creen nacionalistas son, en el fondo, los que apelando al cosmopolitismo más abstracto están construyendo un nacionalismo de nuevo cuño contra el cual debemos reaccionar desde la perspectiva de los nacionalismos minoritarios, de los nacionalismos que han tenido menos apoyo por parte del Estado».

Por último, quiero referirme a la función social del historiador. Profesionalmente hemos jugado un papel decisivo en la conformación de las identidades nacionales, que hoy todavía se mantienen extraordinariamente pujantes. Pero las identidades no son inmutables: mientras las identidades de clase se han difuminado tanto que ya no sirven para impulsar valores o acciones colectivas, las identidades de género o de diferenciación sexual están ganando terreno. Quizá no estuviera de más que nos planteáramos la construcción de una nueva identidad social europea superadora de los viejos nacionalismos (cuya necesidad está siendo puesta de manifiesto en este debate). Es difícil, pero no imposible. Requeriría una investigación histórica previa, un debate para definir en qué va a consistir esa nueva identidad y un consenso político. Repito, no es fácil. Pero al plantear el problema de la forma que lo estamos haciendo, que es tanto como decir que yo no soy nacionalista y tú sí, estamos reproduciendo los viejos tópicos de siempre.

Isabel Moll (Universidad de las Islas Baleares): De momento, la única identidad que quiero reivindicar es como profesora de Historia Contemporánea. Queramos o no, trabajamos con dos tipos de categorías. Unas son ordenadoras y jerarquizadoras, y a mí me incomodan; otras son más generales, o centrales en nuestro trabajo cotidiano, y tienen

menos prejuicios a la hora de acotar el sujeto y el objeto histórico. Entre las primeras se suele hablar de tres ámbitos: general, regional, local. De los tres se concede más relevancia al estatal: todo aquello que no tenga como referencia lo estatal parece de menor interés. Esta concepción tan miope y tan apegada al historicismo decimonónico debe ser, a mi juicio, abandonada. En cambio, en las categorías que he denominado centrales sujeto y objeto se definen en términos de problemas históricos, en función de su interés, relevancia y significación.

Voy a poner un ejemplo muy concreto. No creo que Mallorca sea un sujeto histórico. Pero en estos momentos me parece un objeto de estudio interesante porque más del 40 por 100 de la propiedad de la tierra -que ya no tiene valor de uso, sino valor de cambio- pertenece a ciudadanos extranjeros. En estos momentos hay censados en la isla 1.600 empresarios alemanes -restauradores, hoteleros, transportistas, etc.-. Pero también hay médicos, abogados y otros profesionales que están abriendo despachos y consultas. ¿Acaso esta singularidad mallorquina no es un ámbito privilegiado para estudiar problemas históricos relacionados con la convivencia sobre un mismo espacio de dos grupos socio-culturales distintos? En definitiva, y en la línea de la necesidad de desnacionalizar la historia académica, creo que hay que abogar por planteamientos menos rigoristas, y además darles cabida en los temarios que se imparten en las enseñanzas básica y secundaria.

José María Portillo (Universidad del País Vasco): No me gustan las etiquetas, pero si hay que definirse me declaro federal. Después de lo escuchado hasta ahora se desprende como primera conclusión el triunfo del nacionalismo. El nacionalismo ha triunfado como ideología (en la Península, en España, en el Estado español, que cada cual elija el término que prefiera) y, sobre todo, en la construcción de los discursos. Estamos aquí porque hay un proyecto gubernamental que habla de historia de España, y al hacerlo desata auténticas pasiones. Cosa que, dicho entre paréntesis, no ocurrió cuando la Consejería vasca de Educación presentó el programa de la historia de Euskal Herria, expresión que no tiene traducción institucional aunque en el imaginario nacionalista sirva para designar los territorios comprendidos entre el Ebro y el Adour.

Digo que el nacionalismo ha triunfado sobre todo en la construcción de los discursos. Para comprobarlo basta examinar el lenguaje utilizado por el Ministerio cuando hace referencia a la necesidad de transmitir el sentido unitario de la historia de España atendiendo a la diversidad

cultural y lingüística de los distintos pueblos que la componen. Aceptando el lenguaje de la diversidad se empieza aceptando el lenguaje nacionalista. ¿Por qué ha de ser diversa para mí, vasco nacido en Bilbao, la historia de Galicia? Es la misma trampa de hace veinte años cuando nos definíamos preferentemente en términos de marxistas o no-marxistas. El debate que estamos manteniendo ahora pivota conceptualmente sobre los términos acuñados por el nacionalismo. ¿Podemos escapar a este juego especular que nos impide percibir otras realidades?

Frente al discurso nacionalista sólo se me ocurre apelar -como ha propuesto Pedro Ruíz- al patriotismo constitucional. Esa fórmula en el País Vasco suena muy mal, porque se tiende a identificar automáticamente con lo español. A título de ejemplo comparativo diré que la apelación al patriotismo constitucional ha sido muy útil en Italia en el reciente debate sobre la crisis del Estado italiano y de su sistema político. El debate sobre si Italia era un hecho nacional o simplemente un hecho piemontés, impuesto al resto de la península, ha servido para reconstruir el discurso del patriotismo republicano. Esta tradición casi olvidada ha sido recuperada, entre otros, por Maurizio Viroli en su espléndido libro titulado *Por amor de la patria*. Creo que el patriotismo republicano, entendiendo como patria el ámbito donde se pueden ejercer las libertades, respeta mucho mejor la diversidad dentro de la idea actual de la multiculturalidad. Frente a la idea de una diversidad desagregada que proponen los nacionalistas, me parece preferible la idea de una diversidad integrada en un universo multicultural.

A propósito de la historia como disciplina, tiene razón Manuel Pérez Ledesma cuando se pregunta en voz alta si los historiadores tenemos obligación de educar en unos valores determinados a los estudiantes. Deberíamos plantearnos si nuestra obligación es disciplinar a los estudiantes en un determinado sentido o, por el contrario, mostrar una gama de posibilidades que propicien la formación de un ciudadano crítico.

Moderador: Es el momento de ceder la palabra a los miembros de la mesa por si desean hacer alguna réplica.

Justo Beramendi (Universidad de Santiago): Contestando a José María Portillo, diré que a mí no me suena fatal lo del patriotismo constitucional. Ahora bien, la cuestión es cómo se entiende esa expresión. Claro que el patriotismo constitucional permite reconocer la diversidad

cultural; la cuestión es si además permite reconocer otras diversidades, y más concretamente la confluencia de soberanías políticas. El problema no es el reconocimiento de la diversidad cultural, sino la existencia de unas identidades nacionales que reclaman su cuota de soberanía política. No es un problema de respetar culturas, sino de encajar distintas aspiraciones de soberanía política. Eso es lo específico del caso español, y en lo que se diferencia del alemán. El patriotismo constitucional puede limitarse -como en el caso alemán- a reconocer la diversidad cultural; entonces podremos hablar de un nacionalismo español democrático. Si además resuelve de forma satisfactoria la concurrencia de soberanías políticas, habrá solucionado de manera original el caso español.

Quisiera aclarar a Pedro Ruiz Torres el contenido que doy a la expresión Estado mononacional, que nada tiene que ver con el concepto de nación objetiva. Denomino Estado mononacional al que durante la revolución liberal consigue crear temporalmente una sola nación a partir, no de algo objetivo y preexistente, sino de la asunción social mayoritaria de un proyecto histórico. Inicialmente mononacional, ese Estado con el paso del tiempo se vuelve plurinacional porque ese proyecto pierde el monopolio del apoyo social y no puede impedir la aparición de otros proyectos nacionales alternativos. Con respecto al sustrato anterior a la revolución liberal, se pueden distinguir dos factores: la etnicidad, que puede tener una traducción político-nacional o no en función del desarrollo posterior del proceso, y lo que Hobsbawm llama protonacionalismo. Éste sería un conjunto de lealtades operativas creadas a lo largo del tiempo en las monarquías pre-contemporáneas más asentadas que hacen fermentar una identidad protonacional en amplios sectores de la población. Son los casos de Francia, Inglaterra o España.

Reivindicaba Manuel Pérez Ledesma una historia creadora de cultura y no de identidades nacionales. Me parece un deseo estimable que yo también comparto. Pero aunque seamos cada vez más los historiadores que trabajamos en ese sentido, las inercias son considerables y me temo que las identidades existentes no van a desaparecer de la noche a la mañana.

Carlos Forcadell (Universidad de Zaragoza): Existen inercias, efectivamente. Pero como comunidad profesional de historiadores debemos advertir sobre los peligros de la manipulación de la historia, de su utilización como instrumento de persuasión nacional, en cualquier dirección y en cualquier medio (docente, mediático o institucional). Es una

práctica abandonada hace tiempo en Europa, que no es de recibo internacionalmente y que ha sido expresamente rechazada por la comunidad científica. Desde luego que hay nacionalismo español y nacionalistas españoles, o vascos, o catalanes, o federalistas o no-nacionalistas. También el mereado ideológico es libre y cada cual se apunta a lo que quiere. Lo que rechazo es la hegemonía del discurso nacionalista, que te obliga a ser nacionalista de algo. Pues no. Ya sabemos que en la práctica existen percepciones diversas de la realidad y que no podemos hacer abstracción de las diversas sensibilidades nacionales. Pero siempre y cuando no exista un nacionalismo dominante, la existencia de esas sensibilidades diferentes exige mayor rigor crítico y enriquece el debate político.

Moderador: Después de escuchar a Carlos Forcadell, vamos a dar por cerrado este largo e intenso debate.